

> viven en sus palacios de cristal (verticales, en *Batman, Shame* o *El árbol de la vida*, y horizontales, como la limusina de *Cosmópolis*) que conducen, como decía Sloterdijk, a la "total cristalización de las condiciones de vida, una generalización normativa del tedio". Frente a esto está el caos de las calles de Gotham, la oscuridad de la *batcueva*, de las cloacas donde Bane organiza la revolución, las ratas de *Cosmópolis* que capitanean la revuelta popular en calles insalubres, los mugrientos tugurios nocturnos en *Shame*. Pero el auténtico palacio de estos megaricos es intangible, corre por los sistemas informáticos (convenientemente protegidos), por las subidas y bajadas de los valores en bolsa, por la información. Como en *Matrix*, el mundo se ha vuelto una inversión de la caverna platónica en un cartesianismo extremo ("cuando muriese, él no se acabaría, lo que se acabaría sería el mundo", *Cosmópolis*) y las sombras han replantado a las cosas en un pérfido ejercicio de usurpación de identidad.

Como dicen en *Cosmópolis*, el dinero para ellos ha perdido el valor narrativo, la riqueza es riqueza en sí misma, el tiempo es un activo corporativo. Por eso mismo estos hombres no duermen, por eso "la palabra rascacielos es obsoleta"

A los 30 lo tienen todo, pero sufren carencias afectivas, y el pasado les asalta y provoca miedo, miedo a morir

(*Cosmópolis*), actualizando aquellas vaticinadoras palabras del hombre del subsuelo de Dostoyevski: "El hombre se desvive por construir y por abrir caminos, eso no tiene vuelta de hoja. ¿Pero por qué ama también la destrucción y el caos? (...) Quizá sólo le guste construir el edificio, no habitarlo (...) dos y dos son cuatro no es vida, señores, sino el comienzo de la muerte". Esos nuevos ricos creen en el $2+2=4$, en que si destruyes el pasado construirás el futuro. El mundo para ellos será siempre *lo otro*, como si el resultado de sus acciones no repercutiera en la gente, como si las crisis no fueran el conato del sistema que han inventado. La tecnología puesta al servicio del capitalismo ha convertido, falazmente, a las cosas y los hechos en *indudables*, en *inevitables*, incluso ha convertido el futuro en una idea y en un argumento para justificar la carnicería del presente. Lo que todos estos *nuevos ricos* han perdido es el significado de estar vivos, su lugar en el mundo; su forma de superarlo: transformar el mundo en una partida de cálculos, pero la muerte es lo único indudable, incalculable y que hace que nos planteemos la vida como algo más que una operación de riesgo. |

El capitalismo angélico

ANTONIO BAÑOS

El mundo, tal y como hoy lo conocemos, se gestó entre dos fechas muy concretas. El 15 de agosto de 1971 y el 27 de octubre de 1986. En la primera fecha, Richard Nixon apareció en televisión y sentó las bases del mundo posteconómico que nos gobierna. Dijo que a partir de ese momento se rompía la relación de 35 dólares por onza de oro. La moneda americana abandonaba cualquier vinculación sólida al metal y se convertía en una moneda flotante, libre de ser impresa, revaluada o devaluada a voluntad del nuevo sujeto político que nacía ese día: el mercado financiero. Desde aquel instante, muchas cosas importantes pasaron, pero dos de las más significativas fueron la Revolución Conservadora (Thatcher y Reagan) i la explosión de la llamada *ideología californiana*. Sobre la aparición y triunfo de los neocon ya se ha escrito suficiente. Antiintelectualismo, exaltación de la clase media, individualismo y satisfacción inmediata de los deseos mediante el consumo y la avaricia son algunas de sus características más co-

Antonio Baños es periodista, autor de los libros 'La economía no existe' y 'Posteconomía' (Libros del Lince, 2009 y 2012)

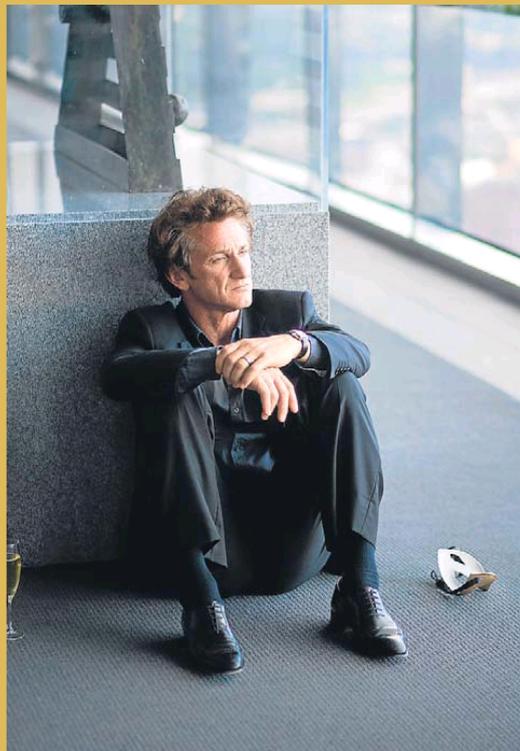
nocidas. La llamada ideología californiana es aquella que nace entre los hippies de los sesenta que descubren en la cibernética la posibilidad literal de crear una utopía de hombres libres e iguales. La red como sustituto perfecto y automático de los paraísos igualitarios de la contracultura. Ambos pensamientos se inseminan y eclosionan durante la segunda de nuestras fechas. Ese día de octubre de 1986 es conocido en la historia financiera como el *big bang day*. Thatcher estrenó la desregulación para los negocios de la City londinense. Y al mismo tiempo se permitió la conexión de ese mercado a las redes electrónicas que ya empezaban a ser globales. Igualdad y simultaneidad en las decisiones. Deslocalización o, mejor, desubicación de las decisiones financieras. La fantasía cibernética y el juego especulativo acababan de ser padres. Nacía un hombre nuevo.

El *yuppie* de aquellos años no era más que la mutación del viejo *yuppie* de la década anterior, con Jerry Rubin como ejemplo más significativo. De querer destruir el siste-

ma a partir del amor y las drogas a destruirlo efectivamente a partir de las redes y las acciones como ejecutivo de Apple. Aquel viejo yuppie de los ochenta fue la forja de los hombres que hoy nos han llevado a la catástrofe. Unos hombres que han construido un entorno que podríamos definir a partir de tres características esenciales: Velocidad, complejidad y no-causalidad. El mundo financiero, todos lo intuimos, no vive en el tiempo. Tiene su tiempo. Un tiempo perpetuo, eterno. Las cosas ocurren a tal velocidad y con una continuidad infinita que dinamitan cualquier intento circadiano de embriar su ritmo. Todo es ahora. Siempre es ahora. A la eternidad por la inmediatez.

La complejidad, revelada en la densa sopa de datos que continuamente escupan las terminales Bloomberg de los brókers, se ha convertido en el relato específico del nuevo hombre de negocios. No existe un *sentido* de los acontecimientos, tan solo el dato y su expectativa de mutación inmediata. Y eso nos lleva a la tercera característica que conforma el pathos del

Abajo, 'El árbol de la vida' (2011) de Terrence Malick





nuevo capitalista: el caos como medio natural. Los economistas más en la vanguardia se dedican con pasión teológica a lo que llaman análisis estocástico o lo que es lo mismo, intentar descubrir entre el caos de cifras, tendencias y gráficas, algún signo de causalidad. Todo es ahora y por tanto ningún hecho tiene consecuencias. Irresponsabilidad.

El mercado financiero actual ha superado la racionalidad y se entrega de nuevo al animismo. Se escrutan señales en el cielo, hígados de oveja, se tiran palillos chinos o se buscan dibujos arcanos y patrones en las gráficas como recomienda el llamado análisis chartista. Es el signo y no la palabra. La cifra y no el relato los que mandan. No estamos hablando de una ampliación o extensión del viejo capitalismo financiero. Es una auténtica mutación.

Un no-lugar donde se valora la inconsciencia, la búsqueda del filo del precipicio. Donde resurgan valores como la camaradería grupal, los ritos de paso, la fuerte jerarquización. La hazaña y la gloria. Exaltación de la dialéctica de combate. Todo resuena a la moral de los viejos ejércitos coloniales, de la Legión Extranjera. Búsqueda constante de aventuras, Exposición al riesgo hasta el suicidio. Crueldad con el diferente o débil, ambición por la gesta y el hecho memorable... Un imaginario absolutamente viril, testosterónico, adolescente, que ha determinado significativamente la génesis y desarrollo de

la crisis. Esta pasión por el límite, por el golpe de efecto, por la carga de caballería, por la intuición sobre la consciencia, han ido alejando a los mercados del mundo político de lo razonable y lo conveniente. Pero con la trampa de descorporizar el peligro y el fracaso tal y como ocurre en los videojuegos.

Quizá la encarnación más popular de la figura antes descrita sea la de Jérôme Kerviel, el *trader* de Société Générale condenado por generar unas pérdidas de 4.900 millones de euros. Haciendo una pará-

Aquel viejo yuppie de los ochenta fue la forja de los hombres que hoy nos han llevado a la catástrofe

frasis quizá exagerada, podríamos traducir el proceso Kerviel como el de la banalidad del capital. El *trader* aparece como una versión de los hikikomori, aquellos adolescentes japoneses que se encierran en su habitación y viven a través de la pantalla. Kerviel describía su trabajo así: "Me quedaba mirando hipnotizado la pantalla de la mañana a la noche, operando con sumas gigantescas, apenas durmiendo". El freak y el triunfador. Lo disfuncional y lo rentable. Lo no carnal y lo electrónico. Lo irracional y lo glorioso. Parejas de baile que se unen en el nuevo capitalista para conformar un trasunto de caballero me-

dieval. Un guerrero para el cual el combate no es un medio sino un fin en sí mismo. Fanático y ascético, el nuevo caballero sacrifica su cuerpo y lo entrega a la pantalla, nuevo campo del honor donde se mide con sus pares sólo por definir su rango, por medir su fama.

Contaba Kerviel que "conseguía astronómicas ganancias y eso me producía, a veces, un placer orgásmico". La erección que produce el acto de riesgo, la pasión masturbatoria adolescente ante el peligro y el placer sin contrapartida emocional son el motor del proceso financiero mundial. Kerviel tiene incluso un sorprendente momento de debilidad moral cuando rememora el 7 de julio del 2005, día del atentado en el metro de Londres: "Gané 500.000 euros en unos segundos", apostando contra las aseguradoras, por supuesto. "Estaba exultante pero me di cuenta de que estaba bien porque había gente que había sido atacada con bombas. Corrí al baño y vomité". He aquí como una repentina corporización del *trader* aparece, leve e irracional, ante una evidente monstruosidad moral. Contrasta poderosamente con aquella secuencia de *El eclipse* de Antonioni en la que los agentes de bolsa paran el mercado para rendir un minuto de silencio a un compañero muerto. La fisicidad de aquel mercado, lleno de sudores y gritos, choca con el vómito, brevísimo y automático, de Kerviel ante la masacre.

Kerviel admitió durante su inte-

rogatorio que "perdió el sentido de la realidad". Es falso. La no-realidad de Kerviel es, de hecho, la realidad hegemónica del mundo capitalista. Dicen las cifras que aunque el PIB del planeta Tierra es de 60 billones de dólares, existen más de 700 billones de dólares en todo tipo de dinero. Hay diez veces más dinero que cosas que comprar. Eso rompe la idea esencial de la vieja economía de que toda oferta encuentra demanda. El dinero (bonos, acciones, futuros, CDS, productos elaborados) ya no sirve para comprar nada en la tierra. Sirve para conformar una especie de nube, de cielo flotante cargado de dinero que existe sólo en las redes por donde operan los mercados. Son mercados especulativos. Pero en el sentido etimológico de la palabra. Mercados hechos con espejos (espéculos) que van reflejando y multiplicando así hasta el infinito sus propias cifras y beneficios. Los mercados hoy son eternos puesto que no tienen finalidad, no tienen historia. Se alimentan de sí mismos y, como los ángeles, descargan sobre la tierra su ira o su avaricia cuando nos reclaman el sacrificio que les corresponde.

El nuevo capitalista, como bien intuía Kerviel, no es un ser real. No de la vieja realidad burguesa. Es un espíritu puro, combativo. Dominados por un eros derivado en codicia y por la vieja pulsión de thanatos del capitalismo que necesita destruir constantemente para poder crecer. |

Arriba, 'Shame' (2011), de Steve McQueen